

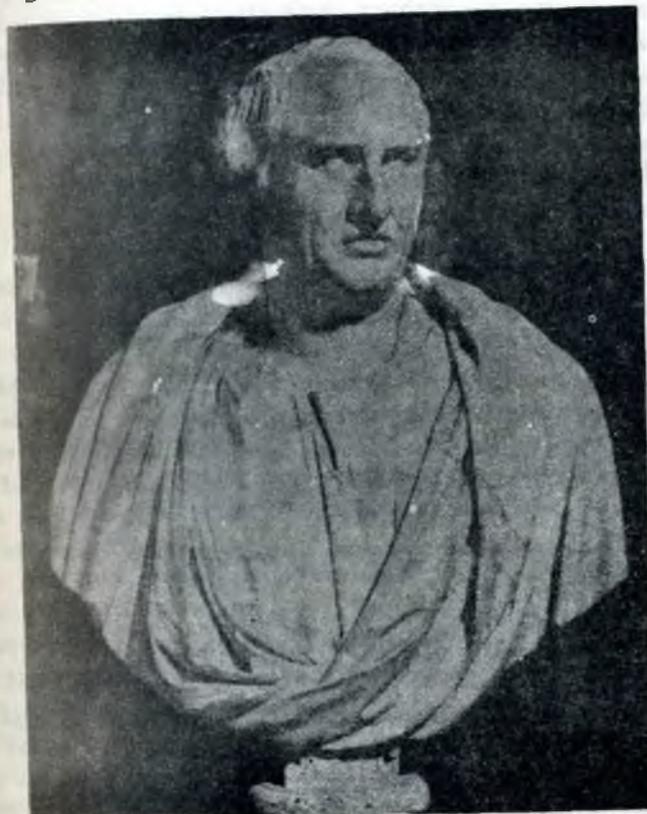
Es doloroso, pero es cierto, a pesar de Sócrates y de su firme creencia en que *"los que conocen las cosas justas y lo que se hace por virtud no pueden preferir cosas distintas"*; es cierto que la historia de la humanidad prueba lo contrario, eso es, que casi la totalidad de los hombres, a pesar de conocer lo justo, lo bueno, lo moral, cumplen sin embargo con lo contrario. A pesar de que Sócrates creyera que *"lo que ocupa el primer puesto en la lógica, l o g o o, ocupa el primero aún en la acción, é r g o o"*, la mayor parte de los hombres actúa de manera tal que lo que está en el primer puesto en la lógica y la moral está en el último, en la acción. Y la negación de la famosa identidad socrática, por la cual la sabiduría será también virtud y la voluntad una filiación inevitable de la lógica, remonta a la misma época de Sócrates. Precisamente a Eurípides, quien en el *Hipólito* hace que Fedra clara y conscientemente reconozca que está actuando mal y a pesar de ello actúa mal porque en lo que ella desea hay fuerza de atracción mas grande que la del mismo conocimiento.

Ahora bien, en la encrucijada sangrienta por la cual la humanidad pasó de la civilización pagana a la cristiana, también se pudo asistir a esta negación de la identidad socrática, no más en una creación poética, sino en la realidad de todos los días. En las postrimerías de la república romana, a lo largo de las guerras civiles, los romanos, a pesar de conocer las virtudes que habían hecho la grandeza de la patria, la justicia y la fe, el pudor y la frugalidad, la sencillez de las costumbres y el sacrificio de sí mismo en horas del deber, actuaban contra todas esas virtudes, deseando sólo cargos y honores, quintas y tierras, fiestas y queridas. Y la prueba de que ellos conocían esas virtudes, está aún en la interminable lista de leyes y actividades

religiosas con que los legisladores trataban de obligarlos a cumplir con aquellas virtudes.

Así, en los dos últimos años de su vida, César construyó un templo a Venus Genetrix y creó un nuevo colegio de Sacerdotes, los Luperci Julii; y Augusto, en el sólo período de su sexto consulado, reconstruyó 82 templos y otros tantos restauró, dotándolos de magníficos dones y reestableció las ceremonias del Augurium Salutis, de los Lupercoli, de los saturnales, renovando el culto de Vesta, y creando el de Mars Ultor y de Apolo Palatinus. Pero al lado de la preocupación religiosa, Augusto tenía también la *cura morum*: y para mejorar aún las costumbres de los romanos, hizo promulgar la *Lex de maritandis ordinibus*, la *Lex adulteriis*, la *Lex de ambitu*, la *Lex sumptuaria*. Sabían muy bien, los romanos, lo que debían hacer, sin embargo, hacían todo lo contrario. *Virtus post numeros*, decía Horacio, y el peculado, la concusión, el adulterio, el concubinato, el ateísmo, la prostitución, la lujuria, el lujo desmedido y las orgías, eran las solas actividades que atraían a los romanos. Y la contradicción no existía tan sólo entre las leyes y el *modus vivendi* de la masa romana, en todas sus categorías sociales, existía aún entre el *modus vivendi* y las leyes, de los que elaboraban y promulgaban esas leyes, o clamaban por la restauración de las grandes virtudes y ceremonias religiosas del pasado. Y así Augusto promulgaba la *Lex adulteriis*, en el mismo período en que estaba enamorado de Terencia, la mujer de su amigo y ministro, Mecenas; y a pesar del antiguo código sacerdotal de Roma, que prohibía casarse con una mujer embarazada, se dejaba arrastrar, poseído de un furioso amor por la mujer de Tiberio, a divorciarse de Escribonia y a obligar a Tiberio a divorciarse de su mujer Livia, para casarse con ella, embarazada de seis meses. La *Lex sumptuaria*, o mejor, una de las numerosas e inútiles leyes *sumptuariae*, había sido elaborada y promulgada a fin de refrenar la sociedad en su carrera hacia el lujo y la corrupción, por un cónsul que era considerado como el rey de los sibaritas romanos. La *Lex Pappia-Poppea*, dirigida a incrementar los matrimonios y a sancionar a los solteros, había sido elaborada y promulgada por dos cónsules, los que le daban el nombre, que permanecieron solteros por toda su vida. Salustio establecía como fundamento de la concepción histórica la doctrina de que la riqueza, el lujo y los placeres, corrompían las naciones, destruyendo las fuertes virtudes de la edad antigua, pero durante la guerra civil de César y durante su pro-consulado en la *Africa Nova*, Salustio había amontonado una riqueza fabulosa, robando descaradamente, para luego

desplegar en Roma un lujo desmedido y construir suntuosas villas, jardines y palacios. ¿Qué más? Hasta Varrón había caído en contradicciones similares porque en unas partes de su *De Re Rústica* clamaba contra las ciudades considerándolas como escuelas de lujo, de ociosidad, de corrupción, mientras en otra parte - el Libro. III - enseñaba a los agricultores el modo de sacar provechosas ganancias de los



Marco Tullio Cicerón
(106 - 43 a. de J.C.)

Busto que se conserva en el
Museo Capitolino de Roma.

vicios, de las orgías, de las borracheras de las grandes ciudades, criando zorzales y patos, pichones y pollos, corzos y jabalíes, que venderían a precios escandalosos.

Por supuesto, también hubo romanos que se dieron cuenta de esta

contradicción íntima entre el conocimiento de los deberes y de las virtudes y el *modus vivendi* de la mayoría e intuyeron la necesidad de superar aquella contradicción por medio de una adecuada educación moral, que acostumbrara a dominar las pasiones y los instintos que llevaban a pisotear virtudes y deberes. Y así en sus *Odas*, Horacio cantó las grandes virtudes de la tradición romana, con la plena conciencia de que ellas habían hecho la fuerza y la grandeza de Roma; y en la *Sáfica* a Crispo Salustio, sobrino del historiador, estóicamente afirmaba que el verdadero imperio del hombre, el único que importa, no es el que se ejerce sobre las cosas materiales y sobre los demás, sino el que ejerce sobre sus propias pasiones. Pero también Horacio, a pesar de su intuición y como para constituir otro ejemplo *sui generis* de que entre comprensión y voluntad no hay un vínculo fatal, en el fondo era víctima de la contradicción reinante, porque al lado de las odas que ensalzan las virtudes de la tradición romana, o afirman que *sine moribus* las leyes son inútiles, él componía poemas en que exaltaba los placeres de la vida, afirmando epicúreamente que el fin de la vida es el placer físico y aconsejando a darse prisa en beber y amar pues son estas las dos verdaderas voluptuosidades de la vida. Con lo cual, en el fondo, Horacio se acercaba, aún cuando sin las exageraciones similares del uno y la venalidad comercial del otro, más a Salustio y a Varrón, que al otro romano que igualmente se dió cuenta de la contradicción y enseñó a superarla con un ejemplo creado por su fantasía.

Aludo a Virgilio, de quien he puesto ya de relieve, en un ensayo titulado "*El rito y el espíritu de la Eneida*", que en su poema él había expresando la contradicción por la cual el mundo antiguo cumplía más con las fórmulas y los ritos que con los mandatos morales de las leyes y de la religión. Aquí, por lo tanto agregaré sólo que, en la misma *Eneida*, Virgilio había dado expresión no sólo a la contradicción por la cual la mayoría de los hombres, aún cuando conozcan lo que deben hacer, no lo hacen o lo hacen sólo cuando el deber no está en pugna con sus deseos, con sus aspiraciones, con sus tendencias, sino también el tipo humano que dominando sus deseos e instintos personales sería capaz de superar aquella contradicción.

Hay en *La Eneida*, un mandato divino que todos los personajes conocen, pero que todos, menos Eneas, traicionan por completo o en parte, cuando no está de acuerdo con sus personales aspiraciones. En Dido, por ejemplo, hay un atisbo de obediencia, pero sólo en cuan-

to al mandato divino le ordena a Eneas, para quien tenía simpatía y ardencia de amor; pero cuando el mandato no se ajusta a sus deseos, ordenando a Eneas, de irse, ella se enfurece, niega la justicia de Dios, niega la Fe y lleva sus rencores hasta en el Averno. También Turno obedece al mandato divino sólo cuando éste secunda sus deseos y tendencias, como en el asalto a los reales de Eneas, porque también él se rebela a lo que da el mandato, no le gusta, llegando en su rebelión hasta el ultraje y la traición a Venus a quien abandona para buscar a otras diosas más favorables. Y en cuanto a los demás personajes, como el rey Latino, Evandro y Tarcón, hay en ellos como un comienzo de armonía y acuerdo entre su actuación y el mandato de los dioses, pero con alguna tibieza o lenidad o vacilación: y así el rey Latino cumple con el mandato del oráculo, concediendo sin vacilar su hija a Eneas, pero cuando Turno Amata y el pueblo se rebelan, no se opone con energía, se desahoga en palabras vanas, no hace nada para impedir la guerra y se encierra inactivo en su palacio. También Evandro cumple con el mandato divino, ayudando con sus jinetes a su hijo Eneas, pero lo cumple tardíamente y como arrastrado por los acontecimientos. También cumple con el mandato, pero no activamente, yendo en busca del extranjero Eneas, sino positivamente, dejando que Eneas llegara a él; y lo cumple, no por una prepotente necesidad moral, sino bajo el aguijón de su odio mortal a Mercurio.

Se trata, en todos los personajes principales de *La Eneida*, de un evidente contraste entre lo que debían hacer y lo que hacían; y es tan sólo Eneas, el que *hace lo que debe*, aún cuando sus deseos y tendencias intentan llevarlo a hacer lo contrario. Ama la tranquilidad, y envidia a cuantos levantan ya su ciudad, pero a la orden de Dios *ardet abire*. Quiere a Dido y llama *dulce su tierra* y se apiada de ella y le declara que *nunca le pesará acordarse de ella*, pero a la orden de dejarla, *premet curam sus corde y ardet abire*. Y llora amargamente al abandonar a Dido, *quebrantado por su gran amor*, pero sus lágrimas *volumteor inanes* porque, si Apolo lo manda a la grande Italia *jes allí donde está su amor!* y ama la paz, llamando la guerra *acellerata insania*, compadeciéndose de los muertos y de los heridos y hasta de Turno; pero al pensar que los dioses quieren que combata y venga, ataca heroicamente y heroicamente vence. Es toda su naturaleza, la que contrasta con lo que debe hacer y sin embargo, todo lo cumple, lo que debe hacer, serena y heroicamente.

Y esto era precisamente lo que Roma y la humanidad necesitaban

y quizás sigan necesitando: ciudadanos y hombres que, como Eneas, al conocer lo que debían hacer, lo hiciesen, a pesar de que pisotearan así sus deseos, sus instintos, sus aspiraciones y tendencias más propias y más vivas. Y esto, por el contrario, era lo que faltaba a Roma y a la humanidad: *Videor meliora preboque, deteriora sequor*, cantaba Ovidio y habría podido ser este verso, el tema representativo de la época. Ni era posible curar ese mal *intra animum suedendum est*, diría más tarde un gran calumniado por la historia, Tiberio; y el tratamiento interior, sólo podrá realizarse por medio de una educación que enseñara a dominar sus propias pasiones, como las dominaba Eneas. Y *La Eneida* así, al mismo tiempo en que es la expresión de una época que estaba para morir, víctima exactamente, de esta contradicción entre el *modus vivendi* y el *conocimiento de cómo se debía*, por el contrario, vivir; *La Eneida*, así es la expresión genial, a través de la actuación de Eneas, del nuevo tipo de hombre que nacería del primer Cristianismo y del cual la postrimería de la República había dado un sólo ejemplo viviente, en un hombre que la historia conoce y exalta por sus aparatosas actuaciones políticas y sus magistrales oraciones, pero que tuvo también una actuación más humilde, en la cual se puede sentir, el latido del hombre - Eneas, del hombre que Roma y la humanidad necesitaban.

Se llamaba este hombre, este romano, Cicerón, y sin duda alguna a lo largo de su actuación política y humana tuvo también él vacilaciones, también él cometió errores, o por la duda acerca de lo que debía hacer, o por miedo a perder la vida y los bienes. No repetiré aquí lo que todos saben: que vacilar y errar es humano, que también César tuvo miedo, en más de una oportunidad; que sólo los hombres moralmente anquilosados no saben ser comprensivos y perdonar. Pero un hecho es cierto: que a través de vacilaciones y dudas, Cicerón ha actuado, en alguna oportunidad de su vida, ajustando entre sí el pensamiento y la acción; y si es verdad que la Iglesia considera como santo aún a quien realizó un sólo milagro, también debemos reconocer en Cicerón un hombre ejemplar, aún cuando ese ejemplo aparezca en un sólo episodio de su vida.

No. No quiero evocar aquí la actuación de Cicerón contra Catilina y Marco Antonio, porque es demasiado conocida y, sobre todo, porque en esos episodios Cicerón actuaba impulsado más por inconfesables sentimientos personales que por realizar algo que estuviera de acuerdo con un ideal puro. Más digno de ser evocado, por poner de

relieve este acuerdo entre el conocimiento de lo justo y la actuación, serían los episodios inherentes a la defensa de Sexto Roscio Amerino y la acusación contra Verre, que Cicerón hizo a pesar de tener contra sí el poderío cruel y despiadado de Sila y la autoridad todopoderosa de Hortensio y del Senado. Pero hay, en la vida de Cicerón, un episodio poco o mal conocido, en el cual Cicerón tuvo de una manera más consciente, el valor y la constancia de actuar según lo que le sugeriría el ideal puro. Se trata del modo como Cicerón, en calidad de pro-cónsul, gobernó a Sicilia, poniendo de acuerdo su actuación con las ideas que acerca de la buena administración de una provincia había concebido. Esas ideas, están contenidas en su expresión directa en el segundo libro de *Cartas* al hermano Quinto, procurador de Asia, y en su expresión indirecta en las *Oraciones In Verro*, sobre todo en la *Actio II in Verro*, que es un documento de primera clase acerca del gobierno de las provincias. En el caso de Verre, dice un notable profesor de Historia Romana, Mario Attilio Levi, "*se refleja un método administrativo y político difundido y bien conocido*": el peculado y el robo, la violencia y el exceso de poderes, eran los cuatro instrumentos, casi diría normales, de los gobernadores de las provincias; y se comprende como la mayor parte, o la totalidad de los procuradores, questores y procónsules, volvieron de las provincias con riquezas a menudo fabulosas. Lo que no era normal, es que fueran, como lo fué Verre por los sicilianos, demandados y llevados delante de las *quaestiones de pecuniis repetundis*, para ser condenados a pagar los daños y perjuicios. Generalmente esos ex-gobernadores enriquecidos pasaban el resto de su vida despilfarrando en orgías y lujos deslumbrantes las riquezas amontonadas, como pudo hacerlo, después de la caída de César, Gajo Crispo Salustio quien, habiendo aprovechado su cargo de pro-cónsul del *Africa Nova*, la Numidia, para enriquecerse robando descaradamente, pasó su vida no sólo en desahogar su rencor de político fracasado, sino comprando y construyendo villas y palacios en Roma y viviendo con un lujo fantasmagórico, en la región, en que el pseudo Cicerón, un literato de la edad imperial, dice que surgieron los *Horti Sallustiani*. El gobierno de una provincia era un magnífico negocio y la prueba de que los romanos lo consideraban como tal, está aún en dos hechos relacionados con Cicerón: el hecho pues de que mientras era procónsul en Sicilia, recibía de sus amigos reiteradas solicitudes de préstamos pues todos creían y se lo decían en sus cartas, que él no debía carecer de dinero gobernando una provincia, habiendo exigido un fuerte botín de guerra; y el hecho de que, durante su proconsulado, muchos altos perso-

najes aspiraban a la mano de su hija Tulietta, porque suponían que el volvería de Sicilia con la bolsa bien repleta y podría dar una gran dote...

Los gobernadores de las provincias no eran, en el fondo, sino unos agentes de la oligarquía política y mercantil de Roma, aspirando tan sólo a enriquecerse a sí mismos y a sus amigos y partidarios. Cada provincia tenía un Senado o un Consejo, vigilados por el Gobernador y cuyos miembros se entendían entre sí y con el Gobernador y sus partidarios, para aprovecharse de las rentas de las ciudades, que casi siempre consistían en impuestos y bienes muebles y para decretar trabajos públicos, fiestas, misiones, toda suerte de gastos inútiles para participar en las ganancias de los contratistas. También se entendían los senadores y consejeros provinciales con los publicanos de los financieros y usureros italianos, para que las ciudades concertasen ruinosos empréstitos, y gozaban con ellos los frutos de una dilapidación criminal de los dineros municipales y de un espantoso aumento de los impuestos. Pero el robo de esos ladrones indígenas era poco respecto al robo de la plutocracia itálica y Cicerón, el antiguo acusador de Verre, pudo ver nuevamente en Sicilia como la explotación criminal arrancaba el dinero a los dominios y a los particulares, con ayuda de los soldados; pudo ver como los políticos de Roma y el precedente gobernador y sus amigos habían reducido a la última miseria a las ciudades, a los artesanos y a los pequeños mercaderes de las ciudades, a los pequeños propietarios de los campos y a los campesinos libres, obligándolos a vender sus campos, sus casas y hasta sus hijos.

Y Cicerón hombre de pluma y no de espada, cuya ambición se cifraba, dice un notable historiador, en no ser un grande hombre de Estado sino un gran escritor; Cicerón, pues, que había perdido la ilusión de ser un hombre de Estado en los 10 años que siguieron a su consulado y acababa de terminar su *De Republica* y estaba meditando otros trabajos: hé aquí pués que de repente, recibe la orden de ir, él, que nunca había dirigido guerras; a dirigir la guerra contra el enemigo que había destruido a uno de los más grandes ejércitos de Roma! Pero Cicerón, en su *De Republica* recién terminada, había censurado severamente la tendencia a rechazar los cargos públicos difíciles y peligrosos y sintió que no podía, ahora, rechazar el cargo que le ofrecían, por pesado y difícil que fuese y que debía por el contrario, actuar según lo que le dictaba su concepción de ciudadano ejemplar.

Y aceptó "a fin de parecer en su provincia digno de su libro y ofrecer a sus contemporáneos el ejemplo de una administración perfecta". Llegó en su afán de cumplir con lo que debía, a transformarse en guerrero, después de haber oído que Casio había derrotado a los partos, intentó una expedición contra las tribus bárbaras que vivían del meteo en la cadena del Amares, puso sitio a la ciudad de Pindeniso y ganó la guerra distribuyendo dinero del botín entre sus soldados. Pero, más que en sus deberes de soldado, por el cual se mereció el título de *Imperator*, es en sus deberes de gobernador, donde Cicerón quiso actuar como le dictaban las altas concepciones, que acerca del gobierno de una provincia, él había ya elaborado en sus obras.

Después de algunas vacilaciones, más que comprensibles en un hombre que iba a instaurar una nueva forma de gobernar provincias, Cicerón empezó a actuar según sus ideas administrativas e hizo anular los decretos con que los bandos municipales querían que el Senado de Roma levantase una estatua al precedente gobernador Apio Claudio e hizo reducir los intereses desde el 48 al 10 por ciento, como el Senado había hecho en Roma; revisó todos los impuestos de las ciudades y anuló implacablemente los gastos superfluos, los contratos ruinosos y la exigencia incua; obligó a numerosos concesionarios a restituir a las ciudades lo que les habían quitado (con un pretexto jurídico rompió el contrato con que un ingeniero y un general de su corte habían garantizado a un tal Valerio e ingresó en el Tesoro la cantidad que aún había de pagar el contratante); hizo ahorrar a numerosos deudores las violencias de los centuriones, negando resueltamente que los soldados estuvieran a disposición de los usureros para arrancar dinero a los deudores; quiso que todos pudieran hablarle, hasta los más humildes y que los procesos se tramitasen rápidamente; rechazó las fiestas y los presentes de las ciudades y vivió con sencillez obligando a vivir así a su comitiva; y no quiso tocar un solo sextercio, ni de las sumas procedentes del botín de su victoria militar, ni de las que le habían sido asignadas por el Senado para el gobierno de la provincia.

Por supuesto, a este modo ejemplar de gobernar, no le faltaron críticas y hasta comentarios burlescos, como los de Drumann, Tirrel y Purser, como no faltan nunca quienes califican de tonto a quien cumple con sus deberes. Pero estas críticas y estas burlas no le quitan a Cicerón la gloria de haber sido el primero, como dice un moderno historiador, "en aportar a la vida ese espíritu de justicia, de soli-

daridad, de misericordia, que aspira a emanar de la contemplación filosófica para transformarse en acción"; eso es, para poner de acuerdo entre sí el pensamiento y la acción, los mandatos de la moral y la justicia y la vida misma. Y en la actuación de Cicerón es tanto más significativa y valiosa, cuanto más encontraba a cada paso resistencias y a cada paso engendraba reacciones y hostilidades. Y así, Cicerón se vió atacado por Volusio, quien se sabía perjudicado por la sentencia que se dictó justamente al ingeniero Lepta; así el recibía cartas insolentes y amenazadoras por haber anulado los decretos votados en honor de Apio Claudio; así fué atacado con sus cartas insolentes por Bruto, a quien perjudicaba la reducción de los intereses desde el 48 al 10 por ciento legal. Y poco importa, para la gloria de Cicerón, que los gobernadores que lo siguieron en Sicilia borraron todas sus reformas, poniéndose al compás con los métodos criminales con que gobernaban todos los demás pro-questores, propretores y procónsules; antes bien, su gloria debería aumentar, al considerar que sin su actuación en Sicilia era ejemplar en sí, para sus conciudadanos, era ejemplar también y quizás más, por ser una de las primeras manifestaciones de aquel nuevo tipo humano, que debía formarse poco a poco, sólo después de Cristo, el tipo, es decir, del hombre que al comprender y sentir lo bueno y lo malo, actuaría de acuerdo con su comprensión, a pesar de los riesgos, de las amenazas, del sacrificio mismo de su vida. Y de las nuevas creencias que un siglo después de su muerte, comenzarían a difundirse y a crear generaciones de hombres decididos a actuar según lo bueno y lo justo hasta el martirio, de esas nuevas creencias Cicerón había intuído aún la enseñanza más alta y más humana, la del dominio de las pasiones. Y nada puede convencernos de que en Cicerón había un alma de excepcional grandeza, como el trozo de su oración Pro-Marcello en la cual él a pesar de ser romano y haberse educado por lo tanto en el culto de la violencia y de la fuerza, se atrevía a levantar su voz inspirada en la alabanza de esa virtud casi desconocida en la civilización precristiana. Antes bien no se limitó a alabarla, sino la puso por encima de todas las virtudes que habían hecho la grandeza de Roma pues, después de alabar a César por todas sus victorias militares, afirma rotundamente: "Y con todo, yo conozco algo todavía más grande . . . Vencer sus pasiones, apaciguar sus resentimientos, moderarse en la victoria y ante un adversario eminente por su nobleza, su carácter, su valor, tener, no sólo el ademán que levanta, sino el que le restituye sus dignidades y se las aumentan todavía. Al que obra así yo no lo comparo con los más grandes héroes, lo declaro igual a los dioses". En lo

cual yo veo un sólo error: en aquel igualar al hombre nuevo con los dioses antiguos, que a menudo eran vengativos y crueles. Porque el sólo Dios al cual corresponderá la similitud, es el Dios de Cristo. Pero Cicerón no podría saberlo y ya es bastante para su gloria, haber intuído la superioridad del *homo christianus* sobre el pagano, con palabras muy conmovidas: "Un acto de clemencia, de humanidad, de equidad, de equilibrio, de inteligencia, cumplido a pesar del odio que ensombreciese la razón, a pesar de la victoria cuya esencia era la inteligencia y el orgullo . . . ¡oh! con qué entusiasmo nos inunda". Dice la leyenda que San Pablo, desembarcando en Nápoles para ir a Roma, quiso que sus acompañantes lo llevaran a Pozzuoli para verter sobre el sepulcro de Virgilio *piae rorem lacrymae*, y desear el poder de resucitar a los muertos para resucitar a Virgilio y bautizarlo, a fin de que entrara en el Paraíso, porque Virgilio, según la leyenda, había encarnado en Eneas el tipo cristiano de quien obedece, más que al rito, a la moral de la religión. Pues, yo creo que, si San Pablo hubiese sabido que Cicerón había exaltado las virtudes con que el Cristianismo enseñaba a vencer las pasiones, a apagar sus resentimientos, a perdonar el enemigo, a ser clemente, humano y ecuánime; si hubiera sabido que Cicerón había cumplido con lo que la moral y la justicia le ordenaban, yo creo que él, San Pablo, también habría deseado llorar sobre los restos mutilados de Cicerón y poder resucitarle y bautizarle porque, a pesar de tantas vacilaciones y dudas aún, Cicerón había sentido en sí mismo la atracción de las grandes virtudes que se llamarían cristianas.